

entonces la Turquía marchará de plano por la vía de la única regeneración posible que existe para la sociedad, á saber: la regeneración cristiana. No de un cristianismo material como el que profesan en su seno los cismáticos orientales, porque á la verdad no habría llenado su objeto si arrojando el libro del Alcoran fuese á tomar el del Evangelio explicado por los secuaces de Focio de una manera contraria á la que enseñó su mismo autor. Ni hay mucha diferencia, á decir verdad, entre el fanatismo y la intolerancia que inspira á los musulmanes el libro de su profeta, y el fanatismo y la intolerancia que muestran los popes cismáticos de Rusia, de Grecia y de Turquía. Ni están mas avanzados en instituciones, ni en beneficencia los Estados cismáticos que separándose de la Puerta hoy son independientes que los gobernados aun por el sultan; y esta será una mas despues de tantas otras demostraciones que verifican aquel juicio. La regeneración por el catolicismo, que inspira caridad en vez de intolerancia, y amor en lugar de fanatismo, es la única que puede causar en el imperio otomano la regeneración que necesita. La regeneración por el catolicismo, repetimos, pues este es quien posee arbitrios para apoderarse del corazón, para plantar en él el principio religioso, y para despertar é ilustrar la conciencia, elevándola á reguladora de las acciones en el hombre. Una religión material que se alimenta de signos vacíos para el mismo que los practica, cuyos principios no son conocidos de la generalidad del pueblo, cuyo origen fué la rebelión, y cuyos frutos son ceguera y muerte, no es por cierto el elemento que pudiera regenerar á naciones postradas por los vicios.

Hemos indicado ya que las viejas preocupaciones han ido perdiendo terreno á medida que las instituciones católicas hicieron experimentar al pueblo su acción benéfica. Los que piensan con libertad en materias religiosas, los que estudian el origen y desarrollo de su fe en otros libros que los salidos de los ulémas, todos estos descubren fácilmente

ese tejido de imposturas y de contradicciones que forma la religión del Alcoran. « ¿Cómo podré creer, decia uno de estos, la misión de Mahoma, ni sus viajes por el cielo, ni su peregrinación del templo de la Meca al de Jerusalem sobre el caballo que le trajo el ángel Gabriel, cuando veo que el profeta no pudo salvarse en la derrota que experimentó en la batalla de Ohad? — El conocimiento de una impostura hace naturalmente desconfiar. » Esto es lo que pasa entre los mahometanos ilustrados: no encontrando despues de meditar las pruebas de su religión mas que patrañas repugnantes, concluyen por nada creer, ni conservan en el fondo de su corazón ninguna clase de fe en los dogmas que enseña el Alcoran. Los que han sido educados en Europa á esta falta de religión añaden todavía los sistemas materialistas que aprendieron fácilmente en los colegios, careciendo de principios que pudieran haberles servido de precaución. « Los hombres ilustrados son filósofos; » y estas pocas palabras de que usaba aquel mismo explican perfectamente el estado religioso de la clase elevada entre los mahometanos.

En el pueblo bajo no sucede así; él conserva sus viejas tradiciones, él ayuna el ramadan con mas escrupulosidad que los ulemas y derswiches, y con la misma hace tambien sus abluciones; mas ese pueblo no ha tenido todavía ocasion de dudar, porque una legislación de hierro le privó de los medios por donde pudiera ilustrar su conciencia. Pero esta religión del pueblo no podemos calificarla, sino como hábitos materiales que sin nacer del corazón alimenta la hipocresía, mil veces mas perjudicial que la irreligión misma. En efecto, el mahometano de la clase baja será con provecho de sus intereses reputado hombre timorato, si asiste con frecuencia á la mezquita, si hace profundas y continuas inclinaciones, si reza en alta voz al canto del mueslin, si ora tres veces cada dia, aun cuando este tiempo le tome en el camino, ocupado en negocios de gravedad, ó en compañía de otras personas. Yo los he visto arrodillados en la calle y en

medio de la muchedumbre al oír la voz de aquel que desde la galería de los minaretos predica orar á Alá (1); los he visto empezar allí sus rezos en alta voz vueltos al Oriente, y sin cuidar que se riesen ó no los Europeos que estaban presentes. Pero estos hombres que tanto aprecian las exterioridades, no son por eso ni mas severos en sus costumbres, ni mas dulces para el trato familiar con los demas. Ganada reputacion de devotos, descansan tranquilos sobre ella; pero miéntras tanto sus mujeres y sus esclavos lamentan el tratamiento perverso que reciben, los amigos observan que son fáciles para perjurar, y cualquiera podrá percibir sin trabajo que toda su religion ni consiste ni se alimenta mas que de supersticiosas exterioridades. Ese mismo hombre que no se atrevió á penetrar en la mezquita sino despues de haber lavado su cuerpo con repetidas abluciones, y despues de dejar en la puerta su calzado, conservará sin temor mil manchas en su alma, infinitamente mas sucias que las del cuerpo, y cometerá acciones que deshonoran á Dios mucho mas que presentarse calzado á orar en su presencia.

(1) Estos tres tiempos son al salir el sol, al ponerse y al medio dia.



CAPÍTULO IV.

Cisma del Oriente. — Divisiones entre los cismáticos. — Simonia. — Educacion del clero. — Influjo del gobierno en la eleccion de obispos. — Los monasterios. — Fanatismo y sus consecuencias. — El episcopado anglicano fraterniza con este desórden. — Mision católica de Constantinopla. — Los establecimientos de beneficencia. — Trabajos de los protestantes.

Al pisar la tierra clásica del cristianismo, en vano buscaríamos la fortaleza jamas vencida de Atanasio, ni la elocuencia siempre triunfante de Crisóstomo, ni la ciencia profunda de Basilio, ó del memorable teólogo de Nazianzo. Todo cuanto contribuyó para dar celebridad á los países orientales en la primera edad del cristianismo ha desaparecido, y una serie de calamidades con que la Providencia castiga su doble delito de herejía y rebelion no permite ver sino vicios é ignorancia, allí donde brillaron las virtudes y las letras. Quien recuerde esa serie de hombres eminentes que presidieron los primeros patriarcados heroseando al cristianismo con los rasgos mas bellos de santidad, y dejándole al pasar la herencia inapreciable de sus profundos conocimientos consignados en preciosos libros, y encuentre hoy la simonia, la ignorancia y otros vicios que nos repugna nombrar encaramados en el lugar que ellos dejaron, comprenderá bien la magnitud del crimen que merece castigo tan formidable. Nadie podrá fijar todavia el tiempo de la duracion de este, porque si la mano de Dios corrige la soberbia con la humillacion, y el cisma con la disolucion de los miembros sublevados, deja el azote tan presto como estos vuelven á humillarse. ¡Ojalá den